

parecen más fluidos, aunque hay tiradas de Vargas Ponce muy entonadas, a pesar de su tendencia al arcaísmo. Es de elogiar, también, que el marino encuentre rima para «adarve» en «Sobrarbe» («y a otro adarve/ cauta se acoja: busque en el Sobrarbe/ rústico techo», vv. 345-347). En definitiva, dos interesantes tragedias españolas más, bien estudiadas, contextualizadas y editadas, que se suman al patrimonio literario del siglo XVIII.

JOAQUÍN ÁLVAREZ BARRIENTOS  
Instituto de Lengua, Literatura  
y Antropología. CSIC

LOYOLA LÓPEZ, David. *Los ojos del destierro. La temática del exilio en la literatura española de la primera mitad del siglo XIX*. Gijón: Ediciones Trea, 2018, 331 pp.

En agosto de 2018 Guillermo Escolar Editor publicó *La voz del desterrado. Antología de la literatura española del exilio en la primera mitad el siglo XIX*, preparada por David Loyola López y Eva María Flores Ruiz, que recogía más de sesenta composiciones de distintos géneros, escritas por españoles de diverso signo ideológico y publicadas durante la primera mitad del siglo XIX. Su propósito, señalado por los antólogos, era el de ofrecer a los lectores las «voces» de los desterrados, es decir, los textos que, acompañados de un breve «marco de reflexión», se convertían en los protagonistas del volumen. En *Los ojos del destierro. La temática del exilio en la literatura española de la primera mitad del siglo XIX*, publicado unos meses después en Ediciones Trea, David Loyola López presenta la hermenéutica necesaria para comprender cabalmente esos sesenta textos y otros muchos más, pues el volumen se apoya en un corpus de 138 composiciones de distintos géneros (poesía en mayor medida, pero también memorias, obras teatrales, narraciones, artículos periodísticos, cartas...)

que se recogen solo como una muestra representativa de la época. Si la antología venía encabezada por la referencia ovidiana «No soy yo el que habla; es la voz de mi destino», en esta ocasión el autor de la monografía centra su atención en la mirada, lo cual explica la cita de Alexandre Dumas hijo extraída de *La dame aux camélias* con la que se inicia el primer capítulo del libro: «L'oeil n'est qu'un point et il embrasse des lieues».

Loyola López parte de los estudios históricos y políticos relacionados con el tema de las emigraciones del siglo XIX español desde *Los afrancesados* (1953), de Miguel Artola, hasta *Emigrados. España y el exilio internacional, 1814-1834* (2012), de Juan Luis Simal. Se nutre sustancialmente el autor de *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1834)* (1954), de Vicente Llorens (ensayo de conjunto fundamental sobre las actividades artístico-culturales de nuestros emigrados) y, con el propósito de iluminar aspectos relacionados con el destierro desde ámbitos menos frecuentados en los estudios de literatura española del siglo XIX, amplía su mirada hacia ensayos comparatistas, filosóficos, antropológicos o psicológicos para examinar de una forma más completa la compleja mirada del desterrado. Por ello, el volumen de Loyola López también se sustenta en *Migración y exilio. Estudio psicoanalítico* (1996), de León y Rebeca Grinberg, en *Tratado de la lejanía* (2010), de Antonio Petre, o en *Reflexiones sobre el exilio* (2013), de Edward Said, entre otros. Asimismo, el estudio tematológico desde el que se comprenden los textos, se ayuda, como señala el autor de *Los ojos del destierro*, del ensayo capital *El sol de los desterrados: literatura y exilio* (1995). En él, Claudio Guillén se aproxima al exilio como situación histórica literaturizada y parte de las actitudes de Ovidio y Plutarco ante el destierro, para abordar su análisis como tema literario: la del primero fue dolorosa y fragmentada; la del segundo, comprensiva, inclinado a emprender nuevas experiencias.

Alrededor de esas dos respuestas se articula la mirada analítica de Loyola López que

no olvida en todo el recorrido la universalidad del tema lo cual explica, en primer lugar, que se apoye en personajes mitológicos o bíblicos cuyos referentes ayudan a vertebrar el discurso; en segundo lugar, que la investigación se enriquezca con testimonios literarios de la tradición del exilio desde las épocas clásicas hasta autores del siglo XX, desde Ovidio a Nabokov, desde Séneca a Max Aub. Todo ello sin descuidar el contexto histórico y cultural concreto, las afinidades nacionales y las personales de cerca de cuarenta autores de ideologías y condiciones distintas, que sufrieron el destierro en lugares diferentes y en circunstancias diversas. En sus composiciones pueden identificarse una serie de motivos literarios relacionados con la dirección espacial y temporal de su mirada, asunto central de «Las caras de Jano», y con el sentido de la misma, que se analiza en el capítulo siguiente, titulado, significativamente, «Por una mirada, un mundo».

Así, en «Las caras de Jano», segundo capítulo del volumen que sigue a la introducción titulada «Los ojos del destierro», el autor se vale de la actitud de Edith, que mira hacia el pasado que en los exiliados se vincula con la patria, para mostrar imágenes en las que España se presenta como ejecutora o como víctima, que se identifica con el paraíso perdido o que se adscribe a escenarios de enfrentamiento, de destrucción o de muerte y que se manifiestan mediante la actitud nostálgica y angustiosa de Meléndez Valdés, por ejemplo, o la irónica y satírica de José Joaquín de Mora, pasando por un sinfín de matices. La mirada anclada en el presente, identificada con la actitud de Lot, ilumina la realidad del desterrado en el país de acogida, que puede provocar incertidumbre, angustia, extrañeza o aislamiento. Loyola López reúne las impresiones de los emigrados relacionadas con la llegada, las condiciones extremas de los confinados, su vida cotidiana, los recursos de supervivencia y las imágenes sobre las condiciones climáticas, expresadas, por ejemplo, por Alcalá Galiano u Ochoa, por Espronceda o Urcullu. Da cuenta de los lazos

afectivos que se estrechan entre los miembros de las colonias de emigrados y de las felices adaptaciones de los expatriados, como el caso de Villanueva. Finalmente, el desterrado puede mirar hacia el futuro con esperanza, pensando en el retorno al hogar, como Ángel de Saavedra, Pérez Camino o Mora, o aceptando un futuro en la tierra de acogida, como el caso de Leandro Fernández de Moratín.

En el tercer capítulo, «Por una mirada, un mundo», los motivos literarios se agrupan en siete temas generales desarrollados en los textos decimonónicos. En «Las aguas del destierro» se analizan una serie de metáforas y símbolos espaciales vinculados con el océano y con los ríos, de la mano, entre otros, de Ribot y Fontseré, Manuel Silvela o Vicenta Maturana. «Reflejos del pasado» se ocupa de las traslaciones temporales que recuperan antiguos episodios históricos, como la expulsión de los moriscos, para identificarlos con el destierro liberal. Es el caso de *Abén Humeya* de Martínez de la Rosa o *Los expatriados* de Vayo. Del extrañamiento surgen también una serie de imágenes asociadas con la lengua, asunto abordado en «La torre de Babel». El apartado muestra la relación del exiliado con la lengua de acogida, así como con la suya propia que le permite estrechar lazos con la comunidad de desterrados, sobrevivir gracias a las traducciones, o anclarse en su tradición y en su identidad. En ese contexto se analizan textos de Larra, Ochoa o Alcalá Galiano y se presenta también el caso excepcional de Blanco White. David Loyola explora a continuación los motivos conectados con el mundo onírico del exiliado («En brazos de Morfeo»); sueños de pasado y de futuro como en algunas composiciones del duque de Rivas; de evasión, como los presentados en textos de Ochoa, Meléndez Valdés o Mendibil; o visiones en las que se regresa a la patria. Además, la condición del destierro enfrenta al exiliado con la muerte («Diálogos con Tánatos»), en ocasiones, contemplando la opción del suicidio como en el caso de Izquierdo Guerrero de Torres. Unas

veces, con la certeza de morir en el destierro, como se aprecia en algunos textos de Mendíbil y Moratín; otras, con el deseo de hacerlo en la patria, sentimientos expresados en composiciones de Ribot y Fontseré o Pérez de Camino, entre otros. Finalmente, «La vuelta al hogar» aborda la posibilidad del retorno del expatriado. Los textos de Espronceda, de Castillo y Mayone, de Robreño, de Vicenta Maturana, de Manuel Silvela o de Collado muestran las múltiples y diversas miradas representadas en los textos de los exiliados.

Como ocurre en los estudios tematológicos las respuestas son múltiples y variadas, los motivos se expresan mediante adaptaciones y variaciones, se contradicen, se reducen o amplían a partir del patrón, multiplicándose las posibilidades de combinación y mostrando la heterogénea naturaleza de su representación. Las miradas se prolongan a lo largo del tiempo con nuevos ojos de desterrados españoles, cuyos ejemplos se recuerdan en las últimas páginas del volumen y cuyos textos pueden ser auscultados con las mismas herramientas que se han aplicado a los textos de los exiliados españoles de la primera mitad del siglo XIX. La sólida metodología aplicada, que explica la coherente organización del volumen, la profusa documentación bibliográfica que lo sostiene y, sobre todo, la agudeza crítica con la que David Loyola López analiza e interpreta los textos convierten *Los ojos del destierro* en un estudio fundamental sobre la literatura del exilio y sobre literatura española del siglo XIX.

MONTSERRAT AMORES

Universidad Autónoma de Barcelona

SÁNCHEZ, Raquel. *Mediación y transferencias culturales en la España de Isabel II. Eugenio de Ochoa y las letras europeas*. Madrid – Frankfurt: Iberoamericana – Vervuert, 2017, 398 pp.

La cultura española del siglo XIX tiene muchos perfiles y puede ser abordada desde

muy variadas perspectivas metodológicas. Una de ellas es la que nos propone este libro escrito por la profesora de la UCM Raquel Sánchez sobre el traductor, crítico y editor Eugenio de Ochoa (1815-1872). Se trata de un trabajo que pretende comprender el mundo intelectual, artístico y editorial de la España de Isabel II tomando como punto de partida la figura del hombre de letras y su proteica realidad. De este modo, Eugenio de Ochoa nos es presentado, por una parte, como un estudio de caso de esa realidad multiforme; por otra, como un personaje digno de interés en tanto que agente que actúa a la vez como creador y como mediador cultural. El objetivo, en última instancia, está en conocer al personaje en su contexto y de entender el contexto a través del personaje. En la línea de lo que los historiadores denominan la «historia biográfica», la autora se adentra en la trayectoria vital de alguien a quien siempre encontramos en las publicaciones que tratan la literatura y la cultura de este periodo, pero que nunca aparece con carácter protagonista. Ochoa, como dice la autora, es el amigo de, el cofundador de una revista, el coeditor de una publicación, el familiar de... En definitiva, aparece siempre como un secundario imprescindible en una buena parte de las aventuras intelectuales de la España del XIX. Uno de esos secundarios tan minusvalorados por una forma, ya caduca, de estudiar la cultura partiendo de los grandes genios o las grandes obras, ya se trate de la literatura o de la creación artística.

Eugenio de Ochoa (1815-1872), presunto hijo del afrancesado Sebastián Miñano, se educó junto a la generación que personificó el romanticismo español en el colegio de Alberto Lista en Madrid. Emparentó por matrimonio con los Madrazo al casarse con la hermana mayor de esta familia, Carlota Madrazo. El pintor Federico Madrazo y Eugenio fueron amigos íntimos desde niños y colaboraron en la más conocida revista cultural de los años treinta: *El Artista*. Ochoa dedicó una buena parte de su vida a la traducción, tanto como medio de vida como vía para la explo-